

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 282

Valencia, 10 de Noviembre de 1937

María Carbonell, 2

CONSTANCIA Y SENCILLEZ

Proclamación de fidelidad a Madrid

Por JULIAN ZUGAZAGOITIA

Un año ayer, ¿cómo no recordarlo? Esa fecha será inolvidable en el calendario de Madrid. El Gobierno, ahora sí podemos decirlo, se fue silenciosamente, dejándonos el encargo de que nadie se enterase de su salida, como si la noticia, tremenda noticia, pudiese permanecer ignorada mucho tiempo. La torpeza del traslado, absolutamente necesario y plenamente justificado, residió en la tardanza en acordarlo y en el secreto con que se acordó. ¡Qué prisa la de algunos por dar cumplimiento al acuerdo! Hubo quien, terminado el Consejo, los coches a su disposición y pertrechados para el viaje, partió, a todo gas, sin querer saber otra cosa. Era para que el ánimo de los que estábamos en el secreto se nos descaeciera y marchitase. Ese mismo día nuestra sensibilidad hubo de aguantar otros encontronazos. Era la tierra que se nos hundía. Lo más entrañable que se nos hacía pedazos. Este, y aquél, y el otro, y el otro, que, dedicándonos lo mejor de sus desdenes, apresuraban su partida. En Madrid sólo podían quedar los temerarios locos. ¿Acaso Madrid no estaba definitivamente perdido? ¿A qué venía, pues, aquella estúpida resistencia? Los moros habían rebasado el Manzanares y, trepando por sobre las trincheras románticas, improvisadas en unas horas, habían subido Argüelles y Vallehermoso arriba... No tardarían en adueñarse de la Puerta del Sol. Cuestión de dos días más. Eso era todo. Ciertamente, a un año de distancia comprendemos, en efecto, que aquello era todo. Madrid carecía de lo más indispensable para hacer la guerra: soldados y municiones. No hablémos de máquinas automáticas y de artillería. Tampoco de aviones. Todo estaba en camino, en un camino remoto y difícil. Tenían razón los que, ofreciéndonos su desdén condescendiente, juzgaban nuestra terquedad como un acto de irrazonable temeridad que nos había de costar caro. Mas la razón de los cuerdos, de haber capitulado ante ella, nos hubiese costado la pérdida de Madrid. La demasiada razón es, a su vez, causa de deplorable locura. Y bien: entre los que no capitularon ante las exhortaciones prudentes de los demasiadamente razonables hay que registrar los nombres de un grupo de periodistas que, sobrados de informaciones dramáticas, resolvieron, sin otro estímulo que su ánimo, seguir escribiendo los periódicos. También, se me dirá, siguieron barriendo las calles los barrenderos, y forjando los forjadores, y cociendo pan los panaderos. Muy cierto. Sé muy bien lo que hicieron en esos días los trabajadores madrileños, y no necesito que nadie me avive la emoción por su conducta. Pero hablaba—escribía—de los periodistas. Escribieron los periódicos. Y los escribieron con palabras vivas y no muertas. Parece, pensémoslo, como si, forzados a escribir, hubiesen tenido derecho, estando, como estaban, en el secreto de tanto desaliento y de tanta contrariedad, a abandonarse al pesimismo. Vencieron de él, y los diarios motorizaron sus primeras páginas llamando a todos los madrileños al sacrificio de la defensa heroica de la ciudad. Esto es lo que pasó, y cabe que nos

preguntemos por lo que hubiera sucedido si, por exceso de prudente razón, los diarios hubiesen dejado de publicarse. No me niego a responder a esa pregunta: que Madrid habría aflojado sus resortes vitales, cediendo paso a las tropas invasoras. ¿Exageración? No la veo. Dado el ambiente de aquellos días, el hundimiento de un valor más de resistencia y moral hubiese determinado la catástrofe. De los periodistas, que no solicitan homenajes, porque su gusto es hacerlos, cabe decir que cumplieron con su deber. Esta poca cosa, que es todo, estaba, por lo que hace a los profesionales de la pluma, por decir. El que lo diga uno del gremio no le quita valor. Acaso se lo añada, teniendo presente que conozco, mejor que otros, cómo cumplieron con su deber los profesionales de la pluma, sabedores de las muy escasas esperanzas que ofrecía, por falta de recursos en material, la defensa de Madrid.

Hubo días y noches—¡muchos!—en que el desgraciado accidente de la pérdida, que no rendición, de la capital la reputamos inminente. ¿Cómo fueron salvados tantos riesgos? ¿Qué se hizo para cubrir tanto déficit? Es un secreto que es menester pedirselo a la temperatura moral que supo hacerse Madrid. Sin aquel como enajenamiento sencillamente heroico de todos los madrileños, las cosas hubieran pasado de modo distinto. Se contaban los días, convencidos de que el tiempo trabajaba en nuestro favor. Un día, otro día, hasta constituir la semana; una semana y otra, hasta constituir el mes: así doce meses. Doce tremendos meses, en los que caben, además de las incertidumbres que comenzaron el 7 de noviembre, la ofensiva enemiga en el Jarama, que, no por menos conocida, fué menos peligrosa. La pérdida de la Marañosa—¿quién ha pedido la razón de esa pérdida?—fué desastre que pudo haber costado caro a Madrid. Por entre los olivares y las vides de Arganda se jugó, muy duramente, con no pequeña abundancia de muertos, el destino de la capital. Y también allí, por presencia de ánimo y resolución, se ganó cuando todo estaba previsto para que se perdiera. Los elementos más primarios hubo que improvisarlos sobre el terreno. El periodista lo sabía, lo vió por sí mismo, y se calló lo que era prudente callar, insinuando aquello que necesitaba de corrección. De todos los atascos fué saliendo Madrid. Una mañana se despertó con la victoria de Guadalajara, pequeño Caporetto de las Divisiones italianas. ¡Qué explosión de alegría! ¡Qué formidable fuente de esperanzas! Y, también, qué buen repuesto de material necesario. Algo mejor, sin embargo, es menester acreditar a Madrid. La capital ha resistido algo más peligroso que los ataques de la Casa de Campo y la ofensiva del Jarama: la caída de Málaga, la de Bilbao, la de Santander, la de Gijón... Esas desgracias militares—¿a qué habíamos de engañarnos sobre su importancia?—no mellaron la fe de Madrid. Le entristecieron y le apesadumbraron, que Madrid no podía ser ajeno al sufrimiento que

(Continúa en la página siguiente)

Mallorca,
base de submarinos alemanes: las tri-
ncheras son italianas

Entre los aviadores, que son también extranjeros, figura Bruno Mussolini

Un telegrama de Mallorca, no censurado, que publica "New York Times", contiene sensacionales revelaciones acerca de la situación en esa isla.

Se está preparando Mallorca—dice el mensaje— para que sirva de potente base mediterránea. Aunque en realidad está aún bajo el control español (fascista), italianos y alemanes son huéspedes de honor y, como tales, disfrutan de entera libertad.

En seis hoteles de Palma, capital de la isla, están alojados aviadores extranjeros, entre ellos Bruno Mussolini, que pertenece a una escuadrilla de bombardeo que hace "raids" sobre Menorca y el Continente republicano.

Hay en la isla cien tipos diferentes de aeroplanos y en el puerto de Sóller, al noroeste de la costa, existe una base submarina, la cual fué visitada por el corresponsal, aunque está prohibida la entrada en ella a los paisanos.

Hay allí seis submarinos, y a pesar de que todos llevan los colores de Franco y tienen nombres españoles, las tripulaciones parecen ser, en total, de nacionalidad italiana.

(«Daily Worker».—3-XI-37.)

Vistas hacia una guerra de invierno

Londres, 29.—El corresponsal del «News Chronicle» en España, afirma que la organización del nuevo ejército leal es hoy perfecta. Cuando los republicanos empezaron a ver al enemigo a las puertas de Madrid aún no estaban en condiciones de emprender una contraofensiva. En marzo, atacaron, por primera vez, causando a los italianos en Guadalajara la memorable derrota. Franco se dirigió entonces a otro frente; atacó a Bilbao. La región vasca sucumbió en las llamas de Guernica. Pero mientras el mundo permanecía indiferente ante este crimen y ante la matanza de mujeres, ancianos y niños, la España republicana construyó un verdadero ejército.

En julio, se inició la ofensiva republicana en Brunete, un poco después la de Belchite. El Ejército republicano pegó fuerte. Mientras en Brunete las fuerzas rebeldes lograron recuperar parte del terreno perdido, no ocurrió lo mismo en Belchite. La situación estratégica es absolutamente favorable al Gobierno republicano.

Pienso efectuar un viaje desde el frente de Teruel al de Córdoba, el cual supone, en la zona leal, una distancia de 600 kilómetros, en tanto que en la rebelde hay que recorrer 1.150. Asimismo, el trayecto, en la zona republicana, de Madrid a Granada es de 450 kilómetros, mientras que en la facciosa es de 850.

Hay que tener en cuenta también las fuerzas militares. Franco dispone de 400.000 hombres, la República cuenta, por lo menos, con medio millón. Franco ha movilizado dos quintas más que el Gobierno. No tiene ya más reservas españolas, y las marroquíes son cada vez menores. En cambio, las reservas republicanas son exclusivamente españolas.

En la página cuarta:

¿Se le ha reconocido?

Huelga de 24 horas por solidaridad con la España leal

París, martes.—La conferencia de delegados de las Uniones de Obreros metalúrgicos de París se reunirá el 4 de noviembre para votar una proposición de huelga por 24 horas como protesta contra la carestía de la vida y para que se abra la frontera española.

El Comité Nacional de la Unión de ferroviarios franceses ha hecho un llamamiento a sus 800.000 miembros para que recojan alimentos y ropas para un tren de solidaridad que se enviará a la España leal. Se han recaudado ya 50.000 francos y se van a vender sellos de solidaridad ferroviaria con el mismo fin, a un franco cada uno.

Asimismo, los Gremios de obreros del cristal, de las industrias químicas y de los mineros han elevado una solicitud al Gobierno pidiendo la apertura de la frontera.

(«Daily Worker».—3-XI-37.)

CONSTANCIA Y SENCILLEZ

(Continuación)

comportaban; pero le confirmaron en su propósito de persistir en su esfuerzo. Y persistió. Y persiste. Y persistirá. ¡Y cómo! El cómo persiste, es lo que llena plenamente nuestra admiración. La guerra ha modificado la fisonomía exterior de la capital, pero no su fisonomía interior, que permanece inalterable. Los tremendos bombardeos aéreos y los terrestres no han podido nada contra ella. Se mantiene fiel a sí misma, y es tan fina, que sabe descubrir la palabra oportuna para desarmar a la adversidad. Esta es siempre en Madrid menor que en otro pueblo cualquiera. Menor, no por más clemente, y sí por la acogida que el pueblo madrileño le reserva. Sin esta acentuada característica del pueblo madrileño, es muy

probable que las cosas hubiesen ocurrido de manera distinta. ¡Gran Madrid el Madrid que inauguró su nueva vida heroica el 7 de noviembre de 1936! Ajeno a los homenajes que se le han hecho, y atenido a sus escasas dolencias, se fabrica cada día el temple que le es preciso para asegurar a España su victoria y su independencia. Ayer cumplió un año de trabajos en esa obra. No es necesario que le computemos los anteriores para que este aniversario proclamemos nuestra fidelidad espiritual a lo que Madrid representa para la nueva historia de España: la constancia en el sacrificio y la sencillez en el heroísmo.

JULIAN ZUGAZAGOTIA
(«El Socialista».—8-XI-37.)

Dos ideales..., dos métodos..., dos civilizaciones...

El esfuerzo social de la España republicana...

Nunca se alabará bastante el esfuerzo realizado actualmente en la España republicana desde el punto de vista social. Mientras el enemigo extranjero está a las puertas de Madrid y los verdaderos patriotas españoles se aferran desesperadamente a cada piedra de casa, a cada pedazo de terreno, para defender el suelo de la República contra el invasor, mientras todas las energías de la nación están concentradas en ese único fin que es la defensa del territorio, unas almas nobles consagran los pocos instantes que pueden distraer a la tarea de defensa nacional, para mejorar la suerte del pueblo español.

Trescientos siete soldados analfabetos de la 47 Brigada han aprendido a leer y escribir en lo que va de mes, merced a los esfuerzos de un notable organismo llamado Milicias de la Cultura. Se han organizado también cursos de grado más elevado, y la biblioteca de las trincheras cuenta actualmente con más de 5.000 volúmenes, en el frente de Madrid. De esta manera, el analfabetismo, que es uno de los peores enemigos de la emancipación del pueblo, se bate diariamente en retirada en las filas republicanas, gracias al constante esfuerzo del

... y el de las potencias fascistas...

Mientras se discute en el Comité de No Intervención y los países democráticos retroceden sistemáticamente ante el espíritu de agresión de los países fascistas, los invasores de España continúan bombardeando poblaciones abiertas, devastando pueblos enteros y asesinando a mujeres y niños para compensar su impotencia militar ante las fuerzas organizadas de la República.

(«La Dépêche de Fes».—30-X-37.)

Ministerio de Instrucción Pública del Gobierno de España.

Lo mismo puede decirse con respecto a la infancia desgraciada. Durante los cuatro meses últimos se han creado en las provincias republicanas 66 centros de puericultura. En Madrid, los servicios de higiene infantil han asegurado, a pesar de las enormes dificultades con que se tropezaba, la distribución de más de 240.000 litros de leche por mes a los niños de corta edad y, en esta misma ciudad, el Instituto de Fisiología e Higiene ha emprendido, con un valor digno de alabanza, el tratamiento de los niños enfermos a causa de una alimentación poco rica en productos frescos, con el único fin de salvar la raza.

DOS INTERESANTES TRABAJOS DE GIACOMO COSTA

Antes de la conquista de Etiopía, la familia real italiana tuvo el propósito de destituir a Mussolini

Cómo se vive en las penitenciarías fascistas de Tremiti y Lampedusa

Giacomo Costa, abogado de Nápoles y amigo particular del príncipe heredero de Italia, recientemente evadido de la penitenciaría establecida en las islas de Tremiti, ha publicado en «Daily Herald» dos interesantes trabajos; en uno de ellos habla de las tentativas de la familia real italiana, anteriores a la campaña de Etiopía, para expulsar del poder a Mussolini, y en el otro refleja el régimen de vida de los perseguidos políticos que se hallan presos en las islas fascistas.

Asegura Giacomo Costa que mucho antes de comenzar la guerra de Abisinia existía un movimiento de hostilidad hacia el régimen fascista, pero que carecía de jefes y de programa. Los enemigos del fascismo tenían grandes esperanzas en que el rey y algunos generales les librasen de la dictadura.

El monarca, según parece, buscó consejo y ayuda en el extranjero y pensó pedir su opinión a Briand aprovechando la reunión del Consejo de la Sociedad de Naciones que se celebró en Roma en 1924. Mussolini conoció el secreto de esta proyectada entrevista y desbarató los planes de Víctor Manuel. Más adelante, aumentado el poder del dictador, hizo éste ver al monarca que el fascismo tenía suficiente

fuerza para acabar con la dinastía si se oponía a su dominio. Mussolini destituyó a los generales más leales al rey, incluso a Cappello y Dencinvenaga.

Mussolini salió al paso de los descontentos y, para reforzar su prestigio, concibió la idea de un nuevo «imperio romano», idea que contó con el apoyo del monarca.

El príncipe heredero se fué a vivir a Nápoles con el fin de disimular su oposición al régimen; cultivó los centros populares y escogió sus amistades entre elementos que no eran partidarios antiguos del «duce». Cuando la guerra de Abisinia parecía inminente, el príncipe Humberto sintió que había llegado su oportunidad. Estaba convencido de que la Gran Bretaña no toleraría la intervención italiana en África y que la guerra, por otra parte, carecería de partidarios hasta entre los fascistas más influyentes.

El príncipe parece ser que dijo: «La guerra de Abisinia es una aventura loca que terminará mal. Inglaterra no tolerará jamás que perdure una violación tan abierta del «Covenant» de la Sociedad de Naciones. Mussolini arruinará al país, hundirá a la dinastía y dejará tras de sí un montón de escombros».

Los sentimientos del príncipe, y tal vez sus planes, llegaban poco a poco a conocimiento del pueblo. Los agentes secretos de Mussolini daban cuenta a su jefe de las manifestaciones del heredero de la corona. El «duce» aguardaba el instante preciso para actuar en consecuencia y, cuando los triunfos militares le alentaron, insinuó al príncipe que había redactado una enmienda constitucional, según la cual la sucesión al trono tendría que ser sometida al «Gran Consejo Fascista». Con ello le indicaba bien claramente que lo anularía si persistía en su hostilidad. Cuando la conquista de Abisinia fué manifiesta, el príncipe modificó su conducta y, sumisamente, ingresó en el partido de Mussolini.

Giacomo Costa, y con él varios amigos del príncipe Humberto, habían redactado una memoria secreta para el heredero de Italia, en la que se reseñaban las posibles consecuencias políticas y económicas de la aventura de Etiopía. Una copia de la memoria cayó en manos de los espías de Mussolini y sus autores fueron apresados.

Giacomo Costa permaneció en la cárcel Foggio, al sur de Nápoles, desde el 16 de marzo de 1936 hasta el 25 de junio del mismo año. Al

Los rebeldes continúan abasteciéndose de material a través de Francia

Nuestro camarada Perignon, secretario de la Federación de Empleados de Ferrocarriles, no ha recibido todavía contestación a las cartas que ha enviado al Ministerio de Obras Públicas demandando el vergonzoso tráfico que tiene efecto todos los días en la frontera en beneficio de Franco y naturalmente bajo el amparo de la no intervención; pero, en cambio, los trenes continúan abasteciendo a la España rebelde.

Por consiguiente no parece que hayan hecho nada, absolutamente nada, las autoridades competentes.

El 25 del mes pasado, salieron de Feignies, con destino a Hendaya, merced al solícito Fernández—siempre el mismo—ocho vagones cuyos números son los siguientes:

Vagón número	21.009	Cargamento autos
»	»	98.010
»	»	159.119
»	»	158.926
»	»	97.410
»	»	98.524
»	»	96.713
»	»	97.419

Los coches son Studebaker, marca americana. Se puede uno extrañar que no sean expedidos directamente a un puerto rebelde lo que a primera vista parece más sencillo, pero el hecho es que son desembarcados en Amberes y de allí dirigidos a Francia.

El ministro de Obras Públicas no debe ignorar este transporte. Cuando M. Delbos hacía aún, hace tres días, acallar la no intervención en el Congreso radical de Lille, es por lo menos raro ver que Franco se abastezca a expensas nuestras.

No se puede siquiera insinuar en favor del Gobierno que no sepa nada de este vergonzoso tráfico. En efecto, mucho antes de que los coches Studebaker llegasen a Amberes, el ingeniero de una de las compañías interesadas envió a los jefes de la estación una hoja de servicio concebida sobre poco más o menos, en estos términos:

«Estoy enterado de que serán próximamente expedidos de Amberes a Hendaya unos envíos de chasis de automóviles, que proceden de los Estados Unidos, con destino a la España nacional; estos envíos deben pasar por Feignies o por Jeumont...»

Después de esto, se daban instrucciones para la aplicación del horario especial.

Parece ser, pues, que no es sólo por una especie de tolerancia lamentable por lo que el material de guerra pasa a Franco, sino que, por el contrario, se trata de un transporte admirablemente organizado por las Compañías francesas de Ferrocarriles.

Pues, ¿qué decir de la frase de ese ingeniero de la explotación referente a «la España nacional»?

Para nosotros y sin duda también para el Gobierno francés, que no ha reconocido a Franco el derecho de beligerancia, la verdadera España sigue siendo la España republicana cuyos representantes han sido elegidos por sufragio universal.

(«Le Peuple».—2-XI-37.)

amanecer de este día, Costa y sus compañeros fueron conducidos por cuatro «carabineros» desde la cárcel hasta un barco; al encontrarse a bordo supieron que iban a la isla de Tremiti, en el Adriático. Los carceleros habían recibido instrucciones para que fueran encerrados en unas mazmorras del buque durante todo el viaje, seguramente para humillar a los conducidos, ya que no se podía esperar que se escaparan en alta mar.

En Tremiti había unos 300 prisioneros políticos y, en campo separados, 100 criminales. Por una calle estrecha de unas 200 yardas de ancho podían pasear los prisioneros durante el día.

Giacomo Costa empezó a forjar planes para evadirse. Preparó su fuga en un bote, con ánimo de dirigirse a la costa de Yugoslavia, a través del Adriático, donde le aguardarían algunos amigos. Cuando sus planes de liberación se hallaban en vías de ser ejecutados, circuló el rumor de que iba a ser trasladado a la isla de Lampedusa, en la que se encontraban reducidos, en su mayor parte, bandidos de Sicilia y que era una cárcel demasiado dura para los presos políticos.

Llegó a Lampedusa, después de un viaje de cuatro días y en dicha isla se constituyó en poco tiempo una colonia de delincuentes políticos que ha alcanzado la cifra de dos millares de presos.

Un día llegó a la isla un capitán de la marina mercante, quien entró en conversación con Giacomo Costa y le dijo que su hermano era oficial del barco de guerra que condujo a Mussolini a Trípoli en el mes de marzo. Este capitán relató a Costa algunas curiosas incidencias del viaje del «duce».

Cuando el barco se aproximaba a Malta preguntó Mussolini a la ofi-

cialidad si sabía cuánto tiempo se invertía en la conquista de la isla, y al no obtener respuesta, afirmó el «duce» que «los italianos tardarían unas cuatro horas».

En el mes de agosto, Giacomo Costa recibió orden de las autoridades para actuar como intérprete de unos marineros españoles que habían desembarcado en la isla; se trataba de los naufragos de un navío español que, procedente de Rusia, se dirigía a España, y fué transportado a cuarenta millas de Lampedusa, logrando salvarse el capitán y once tripulantes, que fueron recogidos por un destructor italiano.

El capitán del barco, José López, manifestó a Giacomo Costa que la tripulación había sido coaccionada por las autoridades italianas para que firmara una declaración asegurando no conocer la nacionalidad del submarino que les había atacado, amenazándole en otro caso con conducirlos a la zona fascista y entregarlos a las autoridades rebeldes.

La situación en la isla de Lampedusa es angustiosa. Los penados carecen de agua potable, que sólo llega una vez a la semana, procedente de Sicilia. El clima en la isla es agobiador, y las expediciones de nuevos penados ofrecen un espectáculo lastimoso.

Acaban de embarcar para España 6.000 italianos más

FRONTERA ITALOSUIZA, 1.º noviembre. — Comunican de Génova que en San Bartolomé (La Spezia) embarcaron el 25 de octubre por la noche 6.000 soldados italianos con destino a la España rebelde. (De «Le Peuple», 2-XI-1937.)

Los totalitarios y las Iglesias

Algunos extractos de Prensa demuestran la difícil situación en que se halla la Iglesia católica frente a los Estados totalitarios.

El Vaticano ha prodigado las buenas voluntades hacia los regímenes dictatoriales. El acuerdo de Letrán y el Concordato con Hitler son las pruebas más claras de esta buena voluntad del Vaticano.

Esta buena voluntad del Vaticano se manifiesta aún ahora. Dada de ayer el reconocimiento oficial del gobierno de Franco, el papa, por los de Alemania e Italia. Fue ayer cuando el partido del centro de Dantzig aceptó su disolución prometiendo no apelar al Alto Comisario y cuando, en el congreso de M. Greiser con el obispo Bourke, el clero católico de Dantzig llegó a una inteligencia con el nacionalsocialismo. Hoy mismo, en el conflicto chinojaponés, el Vaticano parece inclinarse más del lado del agresor —aliado virtual de Alemania e Italia— que del lado de la víctima.

Todas estas concesiones no son suficientes, sin embargo. El Estado totalitario no puede admitir a su lado ninguna otra autoridad espiritual. He aquí por qué en Alemania el movimiento nacionalsocialista ha tomado inmediatamente una posición de batalla contra la Iglesia católica, que considera sobre todo como «romana».

¿No ha sido acusado el obispo de Trier de tener correspondencia con una autoridad «extranjera», a causa de sus cartas dirigidas al papa?

El ataque de Mussolini a los «católicos ondulantes» demuestra que hasta el Estado fascista entiende que la autoridad de la Iglesia debe ponerse, sin discusión alguna, al servicio de la política fascista. Si no...

El Vaticano quiere aún transigir. Ha lanzado encíclicas condenando ciertas doctrinas hitlerianas. El artículo del «Osservatore Romano», que reproducimos, muestra, sin embargo, cómo se evita cuidadosamente lo que pudiera parecerse a una ruptura.

El prelado Kaas —aunque tuvo que huir de Alemania— sigue aconsejando moderación. El ex canciller Brüning calla. Y el católico Pöhlmann sigue siendo uno de los más fieles sostenedores de hitlerismo, lo mismo que el diario «católico» «Germania».

Sin embargo, la disparidad entre el cristianismo, en general, y el catolicismo, en particular, y las doctrinas totalitarias, se hace cada vez más evidente.

La Iglesia oficial de Alemania no tuvo representación en la conferencia de las Iglesias de Oxford, y la Prensa alemana acogió las decisiones de esta conferencia con una granizada de injurias.

El pastor Niemöller y otros muchos están encarcelados, lo mismo que gran número de sacerdotes católicos.

Si el cardenal Faulhaber está en libertad es porque no se atreven con él, como los zares de Rusia no se atrevieron nunca a tocar a Tolstói.

La situación religiosa en el III Reich vista por el Vaticano

El «Osservatore Romano», órgano del Vaticano, publicó en el número del 13 de octubre, la correspondencia siguiente, fechada en Zurich:

«El «Luxemburger Wort» publica noticias del Sarrebruck a propósito de la detención de un gran número de personalidades católicas de cartas pastorales y de escritos polémicos. Entre los detenidos se halla el déan de Saint-Wendel y de la Iglesia de Santa Ana d'Alfons, dos capellanes, varios religiosos del Verbo Divino, el primer médico del hospital de Santa María, el dueño de una fábrica, un comer-

ciante en hierros con su hija y dos mecanógrafas; en total, 22 personas.

Algunas de ellas fueron puestas en libertad después de largo interrogatorio, las demás quedaron detenidas. Los «escritos polémicos» en cuestión son las respuestas del clero y de la Acción Católica a las ofensas lanzadas en discursos autorizados contra la Iglesia, respuestas que se publicaron en forma de folleto. Se denunciaba en ellas, entre otras cosas, la falta de cumplimiento de las promesas hechas a la diputación católica de la región antes del plebiscito de la anexión, afirmando que mientras los católicos han cumplido lealmente con su deber, no se tenía en cuenta para nada el Concordato, que las asociaciones religiosas eran disueltas, suprimida de la escuela confesional, el sacerdote, alejado de la escuela, los niños, educados según los preceptos racistas, las insignias católicas prohibidas. Cristo y su religión atacados por la Prensa y los obispos, sacerdotes y religiosos cubiertos de injurias. Después de recordar el episodio de Frankental y de otros varios pueblos en que la Cruz arrebatada de las escuelas fue colocada de nuevo en ellas por la población, el manifesté continúa declarando que, a más de estas violaciones de los acuerdos establecidos libremente, hay que deplorar la persecución de los que proclaman su respeto. Hay sacerdotes y laicos encerrados como criminales en mazmorras, en casas de corrección, y en los llamados campos de concentración, mientras que de lo único que son culpables es de defender la religión, la humanidad y la paz. El manifesté hace un llamamiento a la unión de los espíritus para defender la fe y la Iglesia y reclamar el cumplimiento de las promesas dadas.»

«De Wurtemberg, igualmente, las noticias son dolorosamente sintomáticas en el dominio escolar. El tribunal administrativo ha rechazado el recurso de las Hermanas Franciscanas contra la supresión de sus escuelas, supresión ordenada por el ministro de cultos de Wurtemberg. La autoridad administrativa, según el fallo del tribunal, decide a su antojo si una escuela privada es o no necesaria. En cuanto al Concordato con la Santa Sede, a que apelaron las Hermanas, el fallo añade que la objeción no podía alterar la situación de derecho, puesto que ninguna ley ejecutiva reglamenta la aplicación en el interior del Reich. Esto no permite hacerse ilusiones sobre la pureza de la justicia, ya que existiendo el Pacto, el hecho de no haber regulado su aplicación hace aún más grave su violación, pues permite que se repitan los hechos. Tan verdad es esto que el Tribunal sintió la necesidad de llenar esta laguna legislativa con un principio jurídico. Así, declaró explícitamente que «el Concordato crea únicamente relaciones contractuales de naturaleza internacional entre ambas partes, pero no normas jurídicas de derecho interno germánico». Es lo mismo que si a Iglesia, a su vez, en sus reconocimientos en favor del Estado, pudiera advertir que el Concordato crea únicamente relaciones contractuales de naturaleza internacional y no normas jurídicas de derecho interno de la Iglesia y, por tanto, se negase a su aplicación. Pero éste no es sino un episodio más o menos grave en comparación con el fondo de la cuestión que es la lucha contra la fe cristiana.»

«La C. P. anuncia que la «Burg Vogelsang» ha organizado un curso para profesores y estudiantes de medicina. Los futuros médicos, dice, deben cuidar el alma y el cuerpo en un sentido nacionalsocialista. El director del curso, oficial superior de los S. A., un tal Schmidt, ha explicado a los alumnos la misión del nacionalsocialismo desde el punto de vista de la historia y de la

raza: «Ninguna idea contraria al nacionalsocialismo, ha dicho, podrá ser jamás tolerada en Europa. Hoy, la lucha de las ideas se desarrolla principalmente en España, pero por otras partes serpentean igualmente los restos medievales del confesionalismo y los restos de las ideas liberales y marxistas. El confesionalismo marcha, sin duda, más de acuerdo con el comunismo que con el despertar de la idea nacional. Los antiguos germanos tenían tres conceptos sagrados: el de la sangre, en el orden físico; el de la tierra, en el social, y el del honor, en el jurídico y militar. Estos conceptos sagrados de los germanos deben volver a adquirirse. La comunión de la sangre no tiene sus límites sino allí donde cesa la identidad de ésta. La lucha por el pueblo y la labor de los jóvenes son empresas de este mundo, porque no se comprende para qué servirían las ideas confesionales supraterrrestres en la educación alemana.» Lo que no se comprende de verdad es el papel que desempeñan estas teorías en un curso de médicos y estudiantes de medicina. Como no se comprende tampoco por qué un pueblo creyente, sólo porque tiene intereses en esta tierra, no debe preocuparse por los intereses supraterrrenos, consagrando a éstos sus fuerzas espirituales como consagra a los otros sus fuerzas materiales. Los antiguos germanos, se conformaban, entonces, con las tres ideas de la sangre, la tierra y el honor; no renunciaban tampoco a unirse a lo espiritual. Este Schmidt no es menos enigmático cuando dice: «Hasta el tratamiento de los enfermos debe ser independiente de los conceptos confesionales. El hospital no tiene como fin el preparar a los enfermos para el otro mundo, sino el de curarlos y hacerlos útiles a la nación. Cuando se habla de Dios y de la Divina Providencia, no se hace por puro espíritu utilitario. El estudio de Dios no es una ciencia oculta privativa de los teólogos, sino una virtud universal de todos los alemanes.» Por lo tanto, si la ciencia de Dios y la fe son del dominio de todos, como virtudes universales, no se comprende tampoco por qué han de dejar de existir al borde del lecho de los enfermos. Precisamente cuando, junto con el deseo y los esfuerzos desplegados para curarlos y hacerlos útiles, existe la posibilidad de verles abandonar «las empresas de este mundo», y partir para el otro. El discurso inaugural terminó así: «Un individuo que se considera condenado al destierro, en un valle de lágrimas, no puede jamás pretender realizar grandes empresas para su pueblo. El hombre viene de la eternidad y vuelve a ella. Con esta certeza debemos hacer desaparecer el miedo a la muerte, así como los conceptos del paraíso, del infierno y del purgatorio. No es un crimen el buscar a Dios en las leyes eternas de la Naturaleza. El dogma es creación humana; nació en los concilios. Todos nosotros debemos estar comprendidos en la fe en la Divina Providencia. Dios no ha sido jamás buscado en las leyes eternas de la Naturaleza; y la eternidad, y la de la Divina Providencia, no han sido tampoco creaciones humanas, sino lo que las Santas Escrituras primero, y los concilios después, nos han enseñado.» Para nosotros otro enigma del discurso es esto: «el hombre viene de la eternidad y vuelve a ella»; pero esto no obstante, no puede considerarse en destierro. Lo están todos los heroicos cristianos de todos los siglos y de todas las naciones, incluso Alemania.»

«Ante todo esto, no tiene nada de asombroso que las penosas condiciones en que viven los católicos sean compartidas por los protestantes, hasta el punto de que la «Schweiz Evang Pressedienst» —Agencia Suiza de Informaciones para los protestantes—, deplorando que desde hace algún tiempo no se puedan re-

cibir noticias de Alemania sobre la situación religiosa, dice: «Los desechos de la «Bekenntniskirche» están casi todos paralizados por la detención de sus titulares y por la confiscación de los documentos. Jamás hemos estado más oprimidos que ahora. Nuestros asuntos religiosos se han convertido en asuntos de la policía, la cual se presenta de improviso y procede a confiscaciones y detenciones sin previo aviso y sin justificación. En los centros protestantes se asegura, por otra parte, que el doctor Niemöller, detenido y encarcelado desde hace tres meses, será juzgado a fines de éste. Se prevé que el proceso durará varios días. Acúsasele de infracción de la ordenanza relativa a los sermones religiosos, la cual parece tener previstos desarrollos de lugar y de interpretación. De lugar, porque esta ordenanza excede de sus límites. En efecto, el «Maasbode», de Rotterdam, publica una información según la cual, en una gran ciudad de los Países Bajos, los católicos de la colonia alemana se reunieron en una iglesia hace algunos días para asistir a un servicio religioso. Mientras el sacerdote oficiaba, uno de los asistentes protestó en alta voz contra ciertas palabras del orador. Los fieles redujeron al silencio al perturbador

y aplaudieron calurosamente al sacerdote. Algunos días después, este sacerdote, ciudadano alemán, fué invitado a presentarse en la Legación de Alemania en La Haya para justificar su actitud. Ahora bien; el «Reichsgericht» explica que los términos «asuntos del Estado» deben interpretarse en un sentido muy amplio, es decir, en armonía con el nuevo concepto totalitario del Estado. Como los problemas de la raza y de la sangre pertenecen a la esfera de las cuestiones referentes al Estado, los sacerdotes no pueden, pues, discutirlos. Asimismo, todo lo que concierne a la prensa debe ser tratado con reserva, puesto que el Estado ha regulado la cuestión de la Prensa y tiene gran interés en que los periódicos nacionalsocialistas ejerzan la mayor influencia posible. De donde se deduce que si algo contrario a los principios cristianos, en el dominio de la fe y de la moral, se enseña o se defiende por el nacionalsocialismo, este algo no puede ser motivo de preocupación para el apostolado, ni aún para la Iglesia. Y conste que la guerra se hace contra el confesionalismo y contra las intromisiones de la Iglesia en el dominio del Estado, para depurar y elevar la religión y hacer de ella una cosa libre y respetada.»

(«Journal des Nations», 28-X-37.)

Estado precario de las «finanzas» italianas

Aunque esperado, el nuevo golpe que supone para la industria italiana el impuesto que mengua en un diez por ciento los capitales y las reservas de las sociedades por acciones y en comandita de la península, va a ser duramente sentido por los interesados. En el fondo, no se trata más que del desarrollo de un proceso que se acentuó al estallar la guerra etiope y que tiene por finalidad la expropiación de los ciudadanos en beneficio del Estado.

Las fases precedentes de este proceso fueron la obligación que se impuso a los bancos de poner a disposición del Estado su oro y sus divisas; la incautación por el mismo Estado de todos los títulos extranjeros pertenecientes a particulares y la suscripción a un empréstito en la proporción de un cinco por ciento del valor de sus propiedades, impuesta a los grandes hacendados.

El tipo del diez por ciento fijado para la nueva contribución sobre los capitales y las reservas de las sociedades indica que, a pesar del carácter excepcional de las medidas dictadas anteriormente, no se ha conseguido cubrir el déficit del Tesoro. Cabe desconfiar de que este nuevo impuesto extraordinario lo cubra: mas bien agotará a un organismo ya muy débil.

El análisis de las condiciones en que vive la industria de la Península justifica ampliamente esta duda. Veamos en primer lugar la industria bancaria. Las acciones de los bancos italianos han desaparecido, desde hace algún tiempo, de la cotización en Bolsa; pero aún se pueden comprar en el mercado libre. Y allí es donde podemos darnos cuenta del estado de estas instituciones, sometidas hoy a la inspección del régimen fascista. Una acción del banco más importante, la «Banca Commerciale Italiana», valía en 1930 1.483 liras; hoy se pueden comprar por 50 liras, desde luego liras depreciadas desde el año pasado.

Otro ramo: la industria de los transportes. La mayor parte de las pequeñas sociedades de navegación, incapaces de vivir por sí solas, han desaparecido en estos últimos años para fusionarse con las grandes; pero el efecto de estas fusiones no ha sido afortunado. He aquí la prueba: los títulos de la «Navegazione General Italiana». Antiguamente se cotizaban a unas mil liras; en 1929

aún valían 564 liras; hoy se negocian a 74.

Las empresas que realizaban los beneficios más firmes en tiempos no lejanos, eran las industrias de exportación. Ahora las exportaciones italianas han disminuido en esta medida: en 1929 representaban un valor de 1.269 millones de liras no depreciadas. En 1936, Italia sólo exporta por un valor de 455 millones de liras depreciadas.

El examen detallado de las industrias agrícolas de transformación y de las industrias manufactureras demuestra la generalización de este fenómeno de depresión creciente. Los tejidos de las fábricas de la región de Biella podían competir, hace tan sólo quince años, con los tejidos ingleses; y hoy, no se los puede siquiera comparar con éstos. La industria italiana del automóvil fué en otro tiempo rival de sus congéneres. La progresión de sus ventas en el interior era, por así decirlo, el termómetro de la prosperidad del país, ya que la compra de un automóvil era lo primero en que pensaba un italiano que lograra cierto bienestar. En 1927 las fábricas italianas fabricaron más de 75.000 coches; el año pasado, unos 48.000. La fabricación de automóviles en Francia ha pasado en el mismo período, de 191.000 a 203.000; y en Inglaterra, de 212.000 a 484.000.

Los capitales de las sociedades existentes oscila entre 63 y 65 mil millones. Calculando por lo alto, y teniendo en cuenta las casas cuyos balances están notoriamente en déficit, el Tesoro no puede esperar embolsarse más de cuatro mil millones. No es ciertamente con esto con lo que se equilibrará el presupuesto ordinario del Estado (para lo cual hace aún falta, este año, tres mil millones y medio), ni los presupuestos extraordinarios, como los de Etiopía, Libia e islas del Decanense, para no hablar de la expedición a España, cuya amplitud depende de las vicisitudes de la situación internacional...

Sólo para Etiopía el Ministerio correspondiente exige 26 millones. (De «Lyon Republicain», 28-X-37.)

Este BOLETIN se reparte gratuitamente

¿SE LE HA RECONOCIDO?

Los Gobiernos fascistas no reconocen a los supuestos Gobiernos «rojos». A los democráticos, los toleran a duras penas. Además, se consideran como los únicos competentes para decidir el verdadero color de otro Gobierno: tienen la pretensión de juzgar sin apelación la manera que tienen las naciones de hacerse gobernar y, llegado el caso, corregirlas.

Este fenómeno es más bien curioso. Es la primera vez que un Gobierno recién llegado y, desde luego, ilegítimo, se permite estatuir sobre el derecho a la existencia de los que existían antes que él. Hasta ahora, ocurrió todo lo contrario. Los nuevos Gobiernos nacidos de una revolución, de un golpe de Estado o de una maquinación equívoca, no fueron jamás reconocidos de corrido por Europa mientras ésta mantuvo cierta coherencia en sus ideas y en sus instituciones. Era necesario dar muestras de buen orden y de moralidad internacional; después de lo cual, el emperador recién creado o el dictador juiciosamente dispuesto a entrar en las convenciones, tenía por fin probabilidades de ser consagrado soberano legítimo por sus mayores.

Entonces, este hombre poderoso por sí mismo, pero con cuyo sospechoso advenimiento no transigían durante largo tiempo las demás potencias, se desbordaba de orgullo y de alegría. Esto se ve en esa foto vieja y conmovedora que representa a Napoleón III y a la reina Victoria en el tren imperial, viajando en-

tre seda guatada aparentemente mullida. No tienen mucho que decirse, pero ¡qué contento en la faz del antiguo usurpador, ahora legitimado, y de la buena dama que, después de haberle obligado a tener que esperar, le recibe, sin embargo, en el seno de la monarquía universal.

Completando este idilio, apenas recordamos que, después de todo, el dictador de entonces no era menos venturoso que los de hoy. Mantenía su poder, ciertamente, por una especie de «Gestapo», y con él las empresas belicosas no acababan nunca. Sin embargo, la diferencia entre él y un tipo del género de Hitler son harto claras. En primer lugar, Napoleón III no tenía la costumbre de devastar los países en que nada tenía que ver, por el placer de imponerles su dominio, como se hace actualmente en España. Por el contrario, estaba poseído de la manía de llevar a los pueblos extranjeros la libertad que negaba al suyo. Luchaba hasta exponiendo su persona, cosa absolutamente desconocida para los nuevos señores que prefieren asistir desde muy lejos a los hechos de sus escuadrillas de bombardeo.

Conviene añadir que, antiguamente, la política, hasta la imperial, no invadía necesariamente el dominio de la civilización espiritual. El espíritu conservaba su soberanía, a pesar de la omnipotencia del régimen. Si Victor Hugo se desterró fué para mantener su independencia política, no por razones literarias. No se quemaban sus libros, antes al contrario, la corriente de oposi-

ción les hacía alcanzar el mejor éxito. Bajo un régimen dictatorial es como podían los mayores innovadores intelectuales del siglo intentar la experiencia de una literatura y de una pintura igualmente bellas y audaces. Así, los hombres de ciencia y de arte no experimentaban ninguna necesidad de enfadarse con la corte.

Hay que recordar estos hechos para comprender toda la decadencia de los dictadores de nuevo cuño. En otras circunstancias, la violencia ejercida políticamente no impedía a la vida espiritual de un país progresar libremente, ni aún gozar de cierta ligereza aérea, que desde entonces no parece ser ya de este mundo. Sobre la Alemania hitleriana, la oscuridad se hace cada vez más abrumadora. Esta es una condición ineludible de la dictadura, que no podría sobrevivir al libre juicio concedido, ni al pensamiento sincero y creador. Por el contrario, la dictadura, para durar, se ve obligada a llevar las tinieblas a otra parte. Es preciso que el universo acepte su concepto de la cultura, que es la negación, y que se contamine. No hay seguridad para este régimen, aun victorioso en política, hasta que no logre conceder a los pueblos aún libres, esa servidumbre del espíritu que él llama su «filosofía».

Un mapa de Europa, editado recientemente en Berlín, lleva, a guisa de título: «Europa y el bolchevismo. Las diversas formas de la penetración bolchevique.» Según este mapa, las tres cuartas partes del continente es-

tán ya «bolchevizadas». Para llegar a este resultado no se detienen ante el hecho de que es un solo Estado el que ha llevado a cabo la estatificación de los medios de producción, aunque el país culpable de ello esté en el mapa cubierto del negro más negro. Yendo más lejos, pintan de un negro de hollín, estriado ligeramente con unas rayitas más claras, a los países que han firmado con la Unión Soviética convenios militares, así como a los países que están en poder de un Gobierno de Frente Popular. Los países escandinavos, donde los socialistas son dueños del Poder, están por este mismo hecho apenas menos oscurecidos que la propia U. R. S. S.

Un color cenagoso cubre igualmente a la España republicana, a Francia, a Checoslovaquia, a Rumanía, a Turquía y a los pequeños países de las fronteras rusas, excepto Finlandia. De esta forma, el mapa se hace verdaderamente siniestro. Para salvar a este continente caído en el cieno, sólo quedan dos arcángeles resplandecientes de blancura: se adivina cuáles son. Sabemos también que hacen todo lo que pueden en ese sentido. Ya, gracias a ellos, la mitad de España acaba de recobrar una coloración presentable. Uno de los arcángeles dice: «Europa será fascista.» Y el otro, en Nuremberg, afirma: «Francia y la Gran Bretaña están preocupadas porque España puede ser conquistada por nosotros. Por el contrario, nuestra preocupación es que pueda ser conquistada por el bolchevismo.»

Emociona tanto desinterés,

tanta abnegación. Ese es el signo de un país al cual ha llegado, en menos de cinco años, en un estado nada envidiable hasta tal punto que ese país pregunta cómo ha podido llegar a la insigne tontería de entregarse a semejante hombre.

Ese es el hombre que bate en medio de dificultades terribles inextricables, como los eternos procesos por traición, la oposición, que se ha convertido en política, las iglesias, las manifestaciones, la guerra en el Berlín oculto, la negativa de la juventud a alistarse en la infantería, empobrecimiento de las masas y la economía arruinada, salto algunas, y no de las masas importantes. Existe el Frente Popular que está irredimiblemente contra el régimen. Pero, da importa. Este hombre, lejos de mezclarse en lo que le importa, no se preocupa más que por el bien de Europa, bastante decente para dejarse tentar por el bolchevismo, el cual para el hombre admirable equivale a la libertad humana y a la justicia humana.

Y no «reconoce» a los Gobiernos de libertad y de justicia social. Pero, pensándolo un poco, ¿ha sido él reconocido alguna vez? Se le ha admitido, a pesar de su golpe de Estado que era una intriga de baja estofa, y después se le soportó cuanto a «reconocerlo» o no se ha discutido todavía. Al menos libertad para hacerlos.

HEINRICH MANN
(«La Dépêche de Toulouse» octubre 1937.)

Diez años de fascismo totalitario en Italia

Del libro del mismo título, original de Silvio Trentin

(Continuación)

La caza de la prensa clandestina

De todas maneras, ni aún poniendo en marcha un aparato de represión tan poderoso y tan minuciosamente montado, se consiguió librar al fascismo de todas sus pesadillas. Una vez sometida la prensa legal, surgió la clandestina por todas partes —cual fantasma que escapa a toda persecución— para recoger y agitar la antorcha de que aquella había sido brutalmente desposeída. ¡La Prensa clandestina! ¡Qué de emociones, qué de inquietudes y qué de temores causó, y causa todavía, a los guardianes responsables del buen funcionamiento de la dictadura! Para descubrir a sus inspiradores misteriosos y destruir los centros de producción, el fascismo no se ha dado nunca punto de reposo. Como las leyes excepcionales resultaron insuficientes, no vaciló en reservar en el nuevo código penal un lugar especial —atribuyéndole el carácter de prescripciones permanentes de defensa social— a las medidas relativas a la extirpación de la prensa clandestina.

Estas medidas tienden sobre todo— a defecto de poder alcanzar, en sus apoyos humanos, el espíritu crítico— a contener los estragos de aquéllas por medio de la persecución de todo acto que tenga por fin contribuir a la difusión de las ideas, que la doctrina califica de subversivas.

La divulgación—trata de demostrar el guardasellos en su informe al rey—debe ser implacablemente castigada. La hoja volante que todos consideran como propagadora terrible de noticias y de acusaciones sensacionales, no lograría sus fines ilícitos sin la labor de los divulgadores. En esta materia, no debe reservarse ningún lugar a la indulgencia.

Estas instrucciones no han sido olvidadas. Jueces y policías han hecho, desde entonces, cuanto han podido para ser reputados de crueles y de implacables en la persecución de la Prensa clandestina.

Muchísimos años de reclusión fueron distribuidos realmente por la mera inculpação de haber conservado—aunque no fuese más que unos instantes—un pedazo pequeño de papel impreso o escrito a máquina que no tiene otro valor que el de demostrar que hay todavía en Italia gentes que no creen en la duración del fascismo y esperan constantemente, en silencio, pero con una confianza inquebrantable, que llegue la hora de la *débâcle* fatal y de su castigo.

El peligro no ha hecho sino estimular, afinar la voluntad de combate de las minorías que actúan. La prohibición no ha conseguido más que acrecentar la atracción de esas hojas. Jamás ha estado la prensa clandestina más difundida en Italia que hoy. Nunca han contado los periódicos de las diferentes fracciones del antifascismo revolucionario que se editan en el extranjero con más colaboradores entre los lectores que permanecen en el país.

Toda suerte de impresos—reducidos con frecuencia por el uso, al estado de papeluchos sucios y repelentes—circulan de mano en mano a la salida de las fábricas, o de las clases, en los rincones de los cafés o a lo largo de los paseos. De cuando en cuando, algunos factores faltan a la cita, desaparecen. Pero otros los substituyen en seguida. Cada uno de ellos encierra, invisible, un foco de microbios. Por intermedio de esos papeles, silenciosos, tenaz, invulnerable, el bacilo que incuba la libertad deposita cada día más lejos, en el armazón de tortura que sostiene todo el edificio dictatorial, su virus disolvente.

La «fábrica» del consentimiento popular

Las medidas apresuradas, fragmentarias, por medio de las cuales el fascismo—desde que el peligro de una violenta reacción popular contra sus tentativas de usurpación comenzó a tomar cuerpo—se esforzó en hacer impracticable en Italia todo ejercicio de libre actividad, fueron calificadas desde su adopción (ya lo hemos señalado), de medidas excepcionales. En sus comienzos como régimen—vergonzoso sin duda de confesar su debilidad y su impotencia congénita—el fascismo trató en efecto por todos los medios de convencer a sus ingenuos admiradores de que, si se veía obligado a rogar de cuando en cuando, la conciencia jurídica contemporánea, no se debía ver en ello sino la manifestación de una necesidad completamente provisional, relacionada

con causas de fuerza mayor que no tardarían en desaparecer.

En realidad, ello no era sino una anagnórisis muy transparente por cierto. Si, a pretexto de la lud pública, el aparato de defensa del Estado apoyaba en normas cuyo carácter provisional complacían en poner de relieve, había que entender que estas normas, una vez agotado su vigor, serían substituidas, de una manera automática, por otras de carácter definitivo, a las cuales la reforma del código, puesta en estudio, no dejaría de preparar su entrada en la legislación nacional.

Pero, aun haciendo abstracción de este subterfugio, es evidente que el experimento fascista hubiese estado condenado al fracaso si sus iniciación no hubieran tenido el cuidado de asentar la sanción de las leyes excepcionales, por una parte, sobre la expropiación íntegra y gratuita de todas las prerrogativas que expresan la soberanía popular, y por otras sobre la servidumbre al partido de todas las grandes administraciones del Estado.

Ahí y no en otra parte es donde hay que buscar la explicación del triunfo técnico del fascismo. La destrucción de las garantías que protegen la libre manifestación de la voluntad popular fué en principio realizada por la violencia. En 1924, el fascismo no llegó a conquistar la mayoría parlamentaria sino concediendo vacaciones a la legalidad, delegando en sus partidas armadas todo poder, encadenando el terror. La requisitoria pronunciada por Giacomo Matteotti en el palacio de Montecitorio, el 30 de mayo de 1924—aquella requisitoria inolvidable que bien sabía habría de costarle la vida según las costumbres de entonces—.

(Ahora—dijo a sus camaradas, al descender la tribuna—ahora podéis preparar mi elogio breve).

Aquella requisitoria impresionante sigue proyectando torrentes de luz sobre los bajos fondos criminales de la aventura electoral que produjo el hundimiento del régimen democrático en Italia.

Después de ese triunfo, fué para el fascismo el juego de niños consolidar y normalizar, con el respeto de la legalidad formal, los resultados adquiridos por medio de un escamoteo tan impudico. Consiguientemente su propósito con las leyes del 24 de diciembre de 1925, del 31 de enero de 1926, del 9 de enero de 1928 y del 27 de mayo del mismo año. La primera de estas leyes, que se refiere a las atribuciones del jefe del Gobierno, tuvo como finalidad reducir el papel del Parlamento al de un órgano esencialmente

(Continuará)